



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

enero/febrero 2023

Índice n° 1/2023

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
6	Jesús lloró	<i>Ph. Lüigt</i>
11	Asaltar muros	<i>G. Setzer</i>
12	Nuestra actitud ante el mal que nos rodea	<i>J.A. Monard</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 6 del n° 6/2022)

19. El demonio en la sinagoga

Marcos 1:21-28; Lucas 4:31-37

Cuando nuestro Señor dejó por primera vez Nazaret para ir a vivir a Capernaum hizo una experiencia particular en esa pequeña ciudad. Según su costumbre, entró en la sinagoga el día sábado y enseñó. Pero su exposición de las Escrituras fue interrumpida por “un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios” (Marcos 1:23-24). Ser confrontado en tal lugar con el poder de Satanás fue ciertamente algo muy notable. El Salvador frecuentemente se encontró con endemoniados afuera en el mundo—esto nos recuerda penosamente que el mundo está bajo el poder de Satanás, su príncipe—; pero que un demonio se introdujera en la presencia misma de Dios era algo particular.

El demonio le conocía, y no dudó en confesarlo como “el Santo”, un título asignado al Mesías hacía siglos (Salmo 89:18). Pero el Señor no podía recibir un testimonio de

tal fuente, como tampoco más tarde podrá aceptarlo el apóstol Pablo (Hechos 16:16-18). Entre Cristo y Satanás no puede haber ninguna afinidad, sino por el contrario, el más profundo antagonismo moral. Por eso, en presencia de la congregación, el Señor abatió el poder del enemigo, y libertó a su víctima. El pueblo se fue a casa maravillado ante la enseñanza que había oído y por el poder del cual había sido testigo.

¿Hay algo hoy que se corresponda al demonio en la sinagoga? Ciertamente que sí. La parábola de la semilla de mostaza viene a la mente en conexión con esto. El Señor asemejó la profesión cristiana a la más pequeña de todas las semillas de las hortalizas la cual se desarrolla hasta tales proporciones que viene a ser un abrigo para las aves del cielo (Mateo 13:31-32). En el mismo discurso, él usó las aves como símbolos de los obreros de Satanás (v. 4, 19). La parábola de la semilla de mostaza predice el desarrollo de un cristianismo que solo tendrá el nombre de cristiano, y que será formado en su mayoría por personas que dicen ser cristianas sin serlo realmente. Este perderá su carácter original y humilde, viniendo a ser una organización de gran apariencia, que da abrigo y lugar a los enemigos de Cristo y del Evangelio, simbolizados aquí por las aves. Cuán tristemente esto se ha cumplido a través de los siglos. ¿Cómo es posible que, en los

edificios hechos para la predicación de la Palabra de Dios, se levanten hombres que desacrediten la inspiración de las Escrituras, rehusando la realidad de los milagros del Señor? Ellos ponen en duda su nacimiento milagroso concebido por el Espíritu Santo en el cuerpo de una virgen, hablan irrespetuosamente de su sangre, y niegan el hecho importante de su resurrección dándole un significado puramente espiritual. ¿Viene esto del Espíritu de Dios, o del espíritu del diablo? No nos engañemos a nosotros mismos. Hay hoy en día, dentro de la cristiandad, una acción de Satanás tan maligna como sucedió en Israel en tiempos pasados. La manera en que se manifiesta ha cambiado, pero la fuente es la misma. En una edad en la que se cuidan las formas, los hombres son capaces de usar términos suaves para cometer serias ofensas, oscureciendo de este modo su verdadera naturaleza y carácter. Es infinitamente más sabio y seguro poner estas cosas en su verdadera luz, aunque aparezcan en su carácter odioso.

Nadie puede vencer el poder de Satanás sino Aquel que expulsó el demonio en la sinagoga en Capernaum. Esto él lo hará efectivamente cuando venga del cielo en poder y majestad. Mientras tanto, quienes temen a Dios son mandados a no participar en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien a reprimir las (Efesios 5:11).

20. Efata — Sé abierto

Marcos 7:31-37

Después de su viaje en el territorio de Tiro y de Sidón para sanar a la mujer sirofenicia, el Salvador atravesó la región de Decápolis. Esta se componía de diez ciudades que habían recibido privilegios especiales de parte de los conquistadores romanos cerca de un siglo antes. Allí, como en otras partes, él encontró abundante necesidad para el ejercicio de su divino poder y misericordia. Un hombre le fue traído que era sordo y tartamudo: una humillante imagen de la condición moral y espiritual de cada persona como resultado del pecado original. Ya en el huerto de Edén, el hombre no escuchó a Dios, y desde ese fatal día, la disposición de toda la familia humana ha sido escuchar a cualquier otro menos a Dios. De allí la exhortación al pueblo escogido: “Oye, pues, oh Israel” (Deuteronomio 6:3), y la lamentación divina: “¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo...!” (Salmo 81:13). Entonces de allí también el llamamiento que se dirige a nosotros: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:7).

El sordo hablaba con dificultad. La lengua de un hombre no regenerado es tan extranjera a Dios como su oído. Nadie puede negar que el más elocuente orador es tartamudo cuando se trata de las cosas de Dios y de Cristo.

El Salvador tomó al sufriente aparte de la multitud. Es bueno estar solos en la presencia divina. El bullicio del mundo no conduce a la reflexión espiritual. El gran enemigo de las almas quisiera más bien mantener a los hombres en un continuo torbellino de trabajo, ocupación y placeres que verles sentados en quieta meditación de la Palabra ante Dios. Pero es en el silencio de la presencia divina que aprendemos a conocer nuestro pecado, culpabilidad y profunda necesidad de la gracia soberana. Allí, lejos de todo lo que nos distrae, podemos ver las cosas en su verdadera luz, y nuestras almas encuentran eterna bendición.

El Salvador tocó primero las orejas del afligido y después su lengua. Este orden es significativo en el dominio y la esfera espiritual ya que el oído debe ser abierto para escuchar y recibir las instrucciones divinas antes que la lengua sea capaz de expresar las alabanzas de Dios y dar testimonio de él. “Creemos, por lo cual también hablamos” (2 Corintios 4:13). “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Aquel que ha recibido por el oído el Evangelio de Cristo en su corazón se deleitará en hablar de las maravillas de la gracia de Dios a su alrededor.

Cuando el Señor tocó al hombre, “levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto”.

La carga del pecado del mundo y de las muchas miserias que agobiaban al Señor, oprimían su espíritu de gracia. Él recordó el día cuando, edades antes, pronunció sobre toda su obra de creación: “Era bueno en gran manera” (Génesis 1:31), y gemía cuando consideraba todo el estrago que Satanás y el hombre habían causado por medio del pecado. Fue esto lo que lo trajo hasta este mundo. Pero vino, no solo para sanar enfermedades físicas, sino para hacer la expiación por el pecado por medio de su propia sangre, para que todos los que creen en él sean libertados de una vez y para siempre de la culpabilidad y esclavitud del pecado, y sean así reconciliados con Dios, en paz y bendición.

Las asombradas multitudes que veían el milagro exclamaron: “Bien lo ha hecho todo”. Con qué plenitud esto será manifestado cuando los cielos y la tierra nueva aparezcan, poblados con incontables miríadas de bendecidos y salvados del pecado, del sufrimiento y la muerte, como el resultado de su precioso sacrificio.

21. Los hombres como árboles que andan

Marcos 8:22-26

Nuestro Señor en una oportunidad realizó un milagro en dos etapas. La escena aconteció en Betsaida, y fue registrada por Marcos.

Los otros evangelistas permanecen callados respecto a esto. Un ciego le fue traído; el Salvador lo sacó fuera de la aldea y escupió en sus ojos. Luego, le puso las manos encima y le preguntó si veía algo. El hombre respondió: “Veo los hombres como árboles, pero... que andan”. Entonces, el gran Sanador le puso otra vez las manos sobre los ojos, después de lo cual, este vio de lejos y claramente a todos. Y le envió a su casa.

La manera de actuar de nuestro Señor en esta ocasión fue muy singular, pero nos enseña una lección. La vista parcial de este hombre representa la condición espiritual de los discípulos mientras el Salvador estaba con ellos. Ellos solo percibían imperfectamente el verdadero carácter de su misión en gracia. Creían sinceramente que él era el Mesías tan esperado que había de sentarse en el trono de David; pero no comprendían que él debía sufrir primero y ser hecho una ofrenda por el pecado. Podían entender que tal porción de las Escrituras como el Salmo 72, con las glorias del reino que describe, se refería a él; pero no se imaginaban que una profecía como Isaías 53, con sus sufrimientos y vergüenza, tendría también su cumplimiento en él. La conversación del Señor, el día de la resurrección, con los discípulos que iban a Emaús aclaró muchas dificultades para ellos. “¿No era necesario que

el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lucas 24:26). Su posterior visita a Jerusalén en el mismo día disipó las perplejidades de otros. “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (v. 45-47). Entonces estos hombres vinieron a ser poderosos testigos del Cristo crucificado y resucitado, mientras esperaban su retorno del cielo como un Rey glorioso.

Hoy en día, muchos creyentes sinceros tienen también una visión espiritual imperfecta. Son como este hombre ciego que veía a los “hombres como árboles... que andan”. Muchas cosas son poco claras para ellos. Por ejemplo, temen, aunque son hijos de Dios por fe en Jesucristo, que al final puedan perder su salvación, ignorando que ninguna condenación hay para los que la gracia divina ha identificado con Cristo. Temen que el Espíritu Santo pueda serles quitado, y no saben que este precioso don se debe a la sangre del Salvador, que lo hace seguro para siempre. Piensan que cada vez que el cristiano falla, necesita una nueva limpieza en la sangre expiatoria, su fe no ha comprendido que el cristiano está limpio

ante Dios para siempre, y que solo necesita la confesión a Dios para sus faltas diarias y la acción purificadora de la Palabra de Dios. Temen que el Señor Jesús los rechace, en su venida, no sabiendo que nuestra traslación a la gloria es solamente el fruto de la gracia soberana, que nunca puede fallar. Tales deben ir una vez más al Salvador para que les dé otro toque con sus manos, como lo hizo con el pobre ciego de Betsaida. Ellos entonces verán las cosas espirituales como son verdaderamente a los ojos de Dios, y su gozo será pleno para siempre.

(Continuará)

Jesús lloró

Juan 11

Las lágrimas de Jesús muestran cuán maravilloso es el amor que siente por su criatura caída tan profundamente en el pecado. Nos conmueven porque resaltan el corazón humano del Salvador.

Jesús en Betania, ante el sepulcro de Lázaro

Muy preocupadas por su hermano, María y Marta llaman a Jesús,

su único recurso: “Señor, he aquí el que amas está enfermo” (Juan 11:3). “Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro” (v. 5). Sin embargo, a pesar de la expectativa de estos corazones afligidos, el Señor se queda dos días más en el lugar donde estaba. Al oír el mensaje de las dos hermanas dice a sus discípulos: “Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (v. 4).

Con todo, la enfermedad sigue su curso y termina con la muerte. Jesús, en su omnisciencia, anuncia a sus discípulos: “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle” (v. 11). De hecho, a su llegada, hacía ya cuatro días que el difunto estaba en el sepulcro (v. 17).

Los discípulos tiemblan ante la idea de seguir a Jesús a un lugar donde recientemente habían querido apedrearlo. Pero los peligros a los que se expone no lo apartan de su camino y se pone en marcha. Cuando a Marta le hacen saber que viene, sale a su encuentro, mientras que María se queda en casa. El Señor consuela a Marta diciéndole: “Tu hermano resucitará” (v. 23). Y para arrojar luz sobre una fe judaica aún ignorante, le presenta su maravillosa persona: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (v. 25-26). Luego

le pregunta: “¿Crees esto?” Ella le dijo: “Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (v. 26-27). Sin duda, ella no comprende todo el significado de las palabras del Señor, pero confía plenamente en él. Aquí su fe es notable.

Entonces, Marta llama a María y le dice en secreto que Jesús desea verla. Esta se precipita en llegar, seguida por los judíos que han venido a consolarla. Creen que va al sepulcro a llorar. Afligida, después de postrarse a los pies de Jesús, María también le dice: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano” (v. 32). En este momento, María no muestra tener más conocimiento que Marta; mira hacia atrás, al igual que otras muchas personas en duelo.

El dolor se puede ver en los rostros de toda la gente y se escuchan sus lamentos. Así que Jesús, “al verla llorando, y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió” (v. 33). Aquí, las palabras “se estremeció” expresan la gran pena y la indignación, producidas en el alma del Señor al ver el poder de la muerte sobre el espíritu del hombre (nota de la versión francesa J.N.D.). La muerte no tenía ningún derecho sobre Él, el hombre perfecto, pero siente con mucho dolor la trágica situación provocada por el pecado del hombre. Había venido para quitarlo

y soportar el juicio de Dios en lugar de los culpables. Esto es lo que sucedió en la cruz.

“¿Dónde le pusisteis?”, pregunta Jesús. Le dicen: “Señor, ven y ve” (v. 34). Profundamente conmovido de nuevo, el Señor viene al sepulcro. Encontramos entonces en el relato del evangelio estas palabras tan breves y conmovedoras: “Jesús lloró” (v. 35). Une sus lágrimas a las de ellos. Jesús sigue siendo El que llora con los que lloran. Las lágrimas son la expresión de profundos sentimientos, que ni siquiera las palabras pueden transmitir.

Si Marta y María tal vez dudaron por un momento del amor de Jesús y de su simpatía por su dolor, ¡cómo Sus lágrimas y Su estremecimiento lo llevaron de vuelta a sus corazones! Es Jesús, “la resurrección y la vida”, quien va a la tumba de su amigo y, sin embargo, llora por el camino. ¡Cuánto amor!

Es durante el duelo cuando más necesitamos los consuelos del “Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones” (2 Corintios 1:3-4). La muerte puede suscitar muchas preguntas en el corazón, pero la presencia de Jesús trae vida y paz.

Las lágrimas de Jesús realzan su perfecta humanidad. Pero sigue siendo el Mismo. Y aunque está a la diestra del Padre, sigue compadeciéndose profundamente de nuestras debilidades (Hebreos 4:15) y

de nuestras lágrimas. ¡Ah! ¡Si al menos las multitudes afligidas que entierran a sus seres queridos supieran que, en tales circunstancias, “Jesús lloró”!

¿A quién pues acudir? Tu voz de encantos llena

Nos dice: “No temáis, siempre confiad en Mí”;

Consuelo Tú nos das, de gozo el alma plena;

¿A quién pues acudir ¡oh Jesús! sino a Ti?

Jesús sabía exactamente lo que iba a hacer. En su omnipotencia, el Hijo de Dios iba a resucitar a Lázaro. Pero, lleno de dolor, llora con los suyos: ¡Su amor es incomparable!

Dicen entonces los judíos: “Mirad cómo le amaba” (v. 36). Interpretan sus lágrimas como un signo de ardiente afecto. Sin embargo, algunos de ellos declaran: “¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, haber hecho también que Lázaro no muriera?” (v. 37). Conocían los milagros del Señor, pero desconocían su poder sobre la muerte.

La muerte es terrible; domina al hombre que se angustia y se rebela, pero permanece impotente ante ella. Ahora bien, Jesús no solo se compadece y consuela, sino que también resucita. Él gobierna sobre la muerte.

“Jesús, profundamente conmovido otra vez, vino al sepulcro. Era una cueva, y tenía una piedra puesta

encima” (v. 38). El vencedor de la muerte está allí, pero para que la gloria de Dios brille ante la multitud que será testigo de esta resurrección, todavía era necesario que se evidenciara debidamente el estado de corrupción de Lázaro (v. 39-40). También era preciso que el Señor mostrara, dando gracias, que su poder provenía del Padre que lo había enviado (v. 41-42). Y luego clamando a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!” saca del sepulcro al que había muerto, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario (v. 43-44). ¡Qué impacto para todos los presentes!

El Señor le había dicho a Marta: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (v. 40).

Las lágrimas del Señor en el Antiguo Testamento

José es un ejemplo notable de Cristo, y sus lágrimas nos recuerdan las de uno mayor que él. Las derramó cuando sus hermanos bajaron a Egipto y su proceder sirvió para producir una obra de humillación en sus corazones (Génesis 42:24; 43:30; 45:14-15; 50:17). Los Salmos a menudo hablan de los sufrimientos de Cristo y de las glorias que vendrían tras ellos (1 Pedro 1:11). Citemos aquí tres pasajes que obviamente se aplican al Señor.

“Me consumió el celo de tu casa; y los denuestos de los que te

vituperaban cayeron sobre mí. Lloré afligiendo con ayuno mi alma, y esto me ha sido por afrenta” (Salmo 69:9-10). Sus lágrimas son vertidas en relación con la casa de Dios. Cuando Jesús vio la casa de su Padre profanada, su celo por ella fue acompañado de un profundo dolor. Sin embargo, ante la expresión de su tristeza, sus enemigos respondieron con desprecio y burla.

“Los que contra mí se enfurecen, se han conjurado contra mí. Por lo cual yo como ceniza a manera de pan, y mi bebida mezclo con lágrimas” (102:8-9). Estos versículos evocan los sufrimientos del Varón de dolores: desechado, solitario, tenido por herido de Dios.

“Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán. Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (126:5-6). Este salmo considera las lágrimas del Señor durante su servicio. La semilla que esparce llorando es la Palabra de Dios que proclamó y por la cual sufrió tal contradicción de quienes rechazaron su mensaje. Pero el Señor, al dar su vida, fue el grano de trigo que muere y lleva mucho fruto (Juan 12:24).

... y en otras escenas de los evangelios

Detengámonos por un momento en las lágrimas que el Señor

derramó cuando entró en Jerusalén, la ciudad del gran Rey (Salmo 48:2; Mateo 5:35), donde iba a entregar su vida.

“Cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visita-ción” (Lucas 19:41-44). Jerusalén, todavía llamada “la santa ciudad” después de la muerte del Señor, no “conoció” el tiempo en que fue visitada en gracia por el Mesías. Jesús llora sobre ella: conoce perfectamente las trágicas consecuencias de su ceguera y obstinación. ¡Se acerca el terrible asedio de los romanos! No obstante, el Señor siempre quiso juntar a sus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisieron (13:34).

¡Qué maravilloso ejemplo de renuncia nos da Jesús aquí! Se olvida por completo de sí mismo, a pesar de las terribles aflicciones que se avecinan, y vuelve a poner la mira hacia los hombres a los que había venido a salvar. Lloro ante sus corazones endurecidos. Dios esperó mucho tiempo el arrepentimiento

de su pueblo, pero su paciencia llegó a su fin.

Recordemos todavía las lágrimas del Señor en su camino hacia la cruz. “En los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:7-8). Los “días de su carne” son los que pasó en la tierra como hombre, antes de morir. Fue un hombre de oración durante toda su vida, pero en las horas cercanas a la cruz, especialmente en la escena en Getsemaní (Lucas 22:41-45), sus oraciones tienen un carácter muy especial. Ora a su Padre pidiendo a ser posible que la copa pase de él. Sus lágrimas tienen entonces un significado completamente diferente a las mencionadas anteriormente. Están vinculadas al calvario que ya está comenzando. Jesús sabía, mucho antes de descender a la tierra, que llevaría nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, por nosotros sería hecho pecado y conocería el terrible desamparo de Dios. Pero cuando se acerca la hora, siente el peso y el dolor de ello. Esta es la razón de tal “agonía” de ruegos y súplicas, de las expresiones “gran clamor y lágrimas” que ascienden a Dios. Él ve las lágrimas y el sudor de su Amado “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (v. 44).

Dios respondió. Cristo “fue oído a causa de su temor reverente” (Hebreos 5:7), es decir, por todas sus perfecciones personales como hombre. La muerte que debía “gustar” (2:9) era la consecuencia del justo juicio de Dios contra el pecado; pero de acuerdo con su petición, fue librado de ella. Después de haber sentido en su humanidad el poder de la muerte y de sus efectos, quitó el pecado de delante de Dios y alcanzó la victoria sobre la muerte.

Aquí contemplamos el insuperable misterio de la persona del Hijo de Dios. Él había de morir en nuestro lugar, pero al mismo tiempo, de sí mismo puso su vida. La espada divina “se levantó” en la cruz contra el “hombre compañero mío, dice Jehová” (Zacarías 13:7).

El profeta Isaías escribe: “En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó” (63:9). ¡Qué preciosa seguridad para los redimidos durante su peregrinaje! El Señor, quien siguió un camino de dolor y lágrimas en la tierra, se solidariza, en su amor y en su condescendencia, con los que lloran. “Llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (53:4). Sintió todo su peso. ¡Qué consuelo para todos los redimidos en la prueba!

La muerte fue quitada, desaparecerá con todas las lágrimas que siempre la acompañan. “Enjugará Jehová el Señor toda lágrima de

todos los rostros” (25:8). “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos” (Apocalipsis 21:4).

Ph. Laügt

Asaltar muros

“Contigo desbarataré ejércitos, y con mi Dios asaltaré muros” (Salmo 18:29).

Según los planes de Dios, David debía reinar sobre el pueblo de Israel. Pero muchos hombres luchan contra él y numerosas dificultades obstruyen su camino. ¿Cómo reaccionará el varón de Dios frente a esas circunstancias intimidantes? Él va al encuentro de esas tropas enemigas y contra los “muros” de dificultades ¡confiando en Dios! David está persuadido de que Dios le dará pies ágiles y brazos poderosos (v. 33-34, 36) y, seguro de la victoria, se apresura. De esa manera David, cuando era joven, avanzó contra el gigante Goliat con su honda y obtuvo la victoria (1 Samuel 17:49).

¿Qué hacemos nosotros cuando encontramos una resistencia fuerte y los problemas se acumulan? En principio hay **tres posibilidades**:

1) Nos dejamos impresionar por la superioridad aparente de las

dificultades y ni siquiera comenzamos a luchar. Miramos nuestra debilidad y nos rendimos al instante. Es lo que pasó cuando el pueblo de Israel, después de atravesar el desierto, se encontró delante de la entrada a la tierra prometida. Se dejó desanimar por los espías que hablaban de gigantes y de murallas infranqueables. Entonces el pueblo rechazó combatir la batalla de Dios (Números 13:26-14:4). Porque no tuvieron confianza, Dios los reenvió al desierto, donde toda esa generación incrédula fue destruida. El que se desanima ya perdió la batalla, aun antes de comenzar.

2) Subestimamos nuestros problemas o sobreestimamos nuestras fuerzas para tener el coraje de enfrentar la adversidad y realizar el desafío. Es lo que pasó con Israel: habiendo creído a los espías, ya no podían tener la ayuda de Dios en el combate contra el cananeo. Y, aunque Moisés los advirtió, ellos se precipitaron sin reflexionar hacia una dolorosa y merecida derrota (Números 14:39-45). El que se enfrenta a las dificultades con ligereza se expone al fracaso.

3) Ponemos nuestra confianza en Dios y avanzamos con coraje porque creemos que sus recursos son infinitos y nos apoyamos en su misericordia. Es lo que Josué hizo después de los cuarenta años de la travesía en el desierto. Se apoyó en las promesas de Dios y condujo al

pueblo de Israel con ánimo y éxito en el combate contra los cananeos. Por la fe, la fortaleza de Jericó cayó y el enemigo fue vencido (Josué 6).

El que actúa con fe tendrá victorias de fe.

Aquel que, como David, toma conciencia de que siempre podemos contar con Dios no solo se acerca a las tropas enemigas sino que además las atraviesa. Aquel que confía en Dios no busca trepar con dificultad los muros, sino que de un brinco los asalta. El apóstol Pablo escribió: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37). Más que vencedores ¡por Él! Hoy podemos vivir esto también, si realmente le obedecemos, y no dejamos que los obstáculos nos impidan seguir el camino que Dios nos traza.

G. Setzer

Nuestra actitud ante el mal que nos rodea

Mientras esté en la tierra, el creyente estará rodeado de maldad. Tiene a su alrededor personas que no conocen a Dios y que practican el mal sin tener mala conciencia por ello. También tiene contacto con

cristianos que a veces se comportan mal. ¿Qué actitud debemos adoptar hacia todas estas personas? Este es el tema que queremos considerar.

Distinguir entre el bien y el mal

Solo Dios define el bien y el mal. Los hombres han introducido sus propias normas —que varían de un lugar a otro y de una época a otra—, que tienden a confundir lo que Dios ha establecido. Pero “Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz” (Isaías 5:20). Tanto la opinión del hombre como sus leyes no tienen ningún valor para determinar lo que es bueno y lo que es malo. Solo cuenta lo que Dios piensa. La lectura y la meditación de la Palabra de Dios van formando en nosotros el discernimiento. No seamos “tardos para oír”, como los creyentes hebreos, sino “vamos adelante a la perfección”, un estado determinado por “los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:11, 14; 6:1).

Aborrecer lo malo

Dios pide a los suyos el aborrecer lo malo dondequiera que esté. “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal” (Salmo 97:10). El Nuevo Testamento nos dice: “Aborreced lo malo, seguid lo bueno” (Roma-

nos 12:9). Dondequiera que se manifieste el mal, ya sea en el mundo, en los creyentes que nos rodean o en nosotros mismos, debemos desecharlo y aborrecerlo. Esto no significa que debamos odiar a los que hacen el mal. El Señor nos ha dado un ejemplo: toda su labor en favor de los pecadores era motivada por su amor, pero nunca excusó el mal, ni atenuó su gravedad.

En nuestro trato con los que van por mal camino, sean incrédulos o creyentes, a menudo no es fácil combinar la aversión al mal con el amor a las almas y el deseo de serles útil.

Los peligros del contacto con el mal

Todo contacto humano ejerce una influencia en nosotros. Cuando prevemos un contacto, debemos vigilar qué rumbo tomará esa influencia. La persona a la que queremos ayudar, ¿saldrá beneficiada, o seremos nosotros los perjudicados? La Palabra nos advierte de los peligros a los que estamos expuestos. “Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres” (1 Corintios 15:33). “Vete de delante del hombre necio, porque en él no hallarás labios de ciencia” (Proverbios 14:7). “No te entremetas con el iracundo, ni te acompañes con el hombre de enojos, no sea que aprendas sus maneras” (22:24-25).

Cuando el Señor nos llama a servirle, ocupámonos de un incrédulo

o de un creyente que anda por un camino equivocado, actuemos con temor, siendo conscientes de nuestra fragilidad.

Tolerancia, insensibilidad al mal y longanimidad

Bajo la influencia de las religiones y basándose en normas humanas, el mundo ha perseguido a menudo a quienes piensan y actúan de manera diferente a las formas establecidas. Pero hoy en día, en nuestros países, la situación es más bien la contraria. La consigna es la tolerancia, la libertad de pensamiento y de acción.

El creyente que se somete a la Palabra de Dios tiene una actitud que contrasta con todo esto, y a menudo le reprochan ser intolerante o intransigente. Consciente de que un día todos los hombres incrédulos tendrán que comparecer en juicio ante Dios, el creyente se esfuerza por llevarlos a reconciliarse con Él. Conocedor también de que los redimidos del Señor son llamados a comportarse de tal manera que glorifiquen a Dios y hagan al Evangelio digno de alabanza, tampoco es indiferente al mal que pueda haberse introducido en la vida de sus hermanos y hermanas en la fe. Si los ama, se esforzará en traerlos por el buen camino, por su bien y por la gloria de Dios.

La Palabra nos exhorta a soportarnos los unos a los otros, incluso

cuando se trata de cosas que nos hacen sufrir injustamente (1 Corintios 6:7; Efesios 4:2; Colosenses 3:13; 1 Pedro 2:19). Asimismo nos exhorta a soportar a los opositores, al menos durante un tiempo: “El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (2 Timoteo 2:24-25). Sin embargo, la disposición a soportar todo, hasta las falsas doctrinas y el pecado, no es ciertamente la voluntad de Dios. Pablo temía que los corintios estuvieran dispuestos a aceptar a quienes vinieran a predicar otro evangelio (2 Corintios 11:4). Asimismo, el Señor aprueba a la iglesia de Éfeso porque no podía “soportar a los malos” (Apocalipsis 2:2).

Orgullo religioso, autosatisfacción y espíritu de crítica

Cuando el Señor vino a la tierra, la clase religiosa se caracterizaba por una piedad exterior sumada a un “corazón... lejos de Dios” (Mateo 15:8). Los pequeños detalles de la ley se observaban estrictamente, pero lo esencial se dejaba de lado. El Señor les reprocha: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más

importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (23:23).

A las prescripciones de la ley, este pueblo había añadido aspectos de sus tradiciones, cuyo incumplimiento se consideraba un pecado. Tenían los ojos puestos en los hombres a su alrededor, buscando la más mínima falta. Así, le reprocharon a Jesús que sus discípulos no se lavaban las manos antes de las comidas (15:2).

Aquí también hay peligros que nos acechan: el de satisfacer la conciencia observando las prescripciones externas mientras cerramos los ojos al mal estado de nuestro propio corazón —lo que el Señor llama “limpiar lo de fuera del vaso y del plato” (Lucas 11:39)—, y el de considerarse superior al prójimo, creyendo ver el mal en él.

No juzguéis

Este es el estado espiritual al que se refiere el Señor cuando dice a sus discípulos: “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (Mateo 7:1). No cabe duda de que debemos tener un buen juicio de las cosas, pero la disposición a buscar y encontrar el mal en nuestro prójimo es algo odioso. Es una manifestación de orgullo y demuestra la falta del verdadero amor cristiano. El Señor advierte a sus discípulos sobre este espíritu de

juicio mostrándoles las consecuencias que este puede acarrear según el gobierno de Dios: “Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (v. 2).

El apóstol Pablo da una enseñanza sobre esto en Romanos 14. Ciertos creyentes a los que se dirige eran de origen judío y tenían dificultades para desprenderse de las caducas prescripciones de la ley, mientras que otros, procedentes de todas las naciones, eran completamente libres en este sentido. Unos tendían a juzgar a los otros, y estos a despreciar a los primeros. El apóstol les escribe: “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno?” (v. 4). “Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (v. 10). “De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí. Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros” (v. 12-13).

En Mateo 7, Jesús también dice: “¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo?” (v. 3). Tenemos la triste tendencia a agrandar las faltas de nuestros hermanos y a minimizar las nuestras, por muy grandes que sean. El Señor muestra que primero debemos tratar el estado de nuestro propio corazón ante Dios, antes de

pensar en considerar el de nuestro hermano. “Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano” (v. 5).

¡Que Dios nos ayude a discernir con justicia y rectitud el mal que germina en nuestros propios corazones, y que con demasiada frecuencia se manifiesta en nuestras vidas! ¡Y que nos haga ser muy prudentes cuando creamos percibir el mal en nuestros hermanos y hermanas!

Cuidado pastoral adaptado a las necesidades

“También os rogamus, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos” (1 Tesalonicenses 5:14). Esta exhortación se dirige a los creyentes que ya han “aprendido de Dios a amarse unos a otros”, y se les anima a “abundar en ello más y más” (4:9-10). Destaca la diversidad de estados de corazón y estados espirituales que pueden caracterizar a quienes nos rodean. Puede haber creyentes débiles, ignorantes e inexpertos, quizá frágiles de salud. Necesitan ayuda espiritual y una consideración especial. Puede haber creyentes que estén abatidos bajo el peso de las pruebas que les resultan difíciles de soportar.

Necesitan **consuelo** y **aliento**. También puede haber otros que caminen, aun sin tener mala conciencia, por una senda que se aleja de la que nos traza la Palabra. Hay que advertirlos. Pero en todos los casos es necesaria la paciencia: “Que seáis pacientes para con todos”.

Tener conciencia de que nosotros mismos estamos expuestos, no solo a fracasar, sino también a caer considerablemente, debe mantenernos humildes y temerosos. El amor cristiano y la preocupación por nuestros hermanos nos llevarán a no apartar la vista de sus problemas y de los peligros espirituales a los que puedan estar expuestos.

El que era el Pastor de Israel dijo: “Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada, vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil” (Ezequiel 34:16). Procuraremos seguir su ejemplo.

Grados de gravedad de un pecado

Si bien, por un lado, todo pecado es abominación para Dios y debe ser tratado ante él mediante la humillación y la confesión, también es cierto que la Palabra nos muestra pecados, o estados de pecado, de especial gravedad (Génesis 39:9; Éxodo 32:31; 1 Samuel 2:17; 2 Reyes 17:21; etc.). En todo caso, el mal nunca debe tomarse a la ligera.

En la vida de un creyente, un pecado no juzgado lo expone a una

falta más grave, porque la conciencia se endurece gradualmente. Por lo tanto, si los cuidados son necesarios, no deben posponerse indefinidamente para más tarde. Por supuesto, hay que ver también quién puede y debe darlos.

Intentemos esbozar algunas situaciones:

1. *Casos en los que es mejor no actuar*

Imaginemos por ejemplo a alguien que haya dicho algo inapropiado —y quizás se haya arrepentido después. Debemos cuidarnos de “los que hacen pecar al hombre en palabra” (Isaías 29:21). Imaginemos también a alguien que haya herido involuntariamente a su hermano o hermana por su mala conducta. La Palabra nos enseña: “El amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pedro 4:8). “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

2. *Casos en los que se puede alentar y ayudar*

A veces un creyente va por el camino equivocado por desánimo. Esto le sucedió a David cuando huyó a la tierra de los filisteos: “Dijo luego David en su corazón: Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl” (1 Samuel 27:1). El resto de

la historia muestra que este paso en falso fue el punto de partida de un camino descendente, del que la disciplina y la gracia de Dios lo hicieron salir más tarde. También fue el desánimo lo que llevó a los discípulos de Emaús a ir en la dirección equivocada. Estas historias nos comprometen a “alentar a los de poco ánimo” (1 Tesalonicenses 5:14).

Muchos creyentes necesitan ayuda. Un pasaje de la Palabra, citado o leído en el momento oportuno, puede iluminarles y mostrarles el camino correcto, o llevarlos a reconocer un defecto del que no eran claramente conscientes. Es un servicio de amor. “Los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos” (Romanos 15:1). “Sobrellevad los unos las cargas de los otros” (Gálatas 6:2).

3. Casos en los que es necesaria la reprensión

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado” (Gálatas 6:1). Este es el caso en el que se ha cometido una falta. Aquí se debe dar una reprimenda para llevar al ofensor a confesar su pecado, para que su comunión con el Señor, interrumpida por la falta, pueda ser restaurada. Pero, ¿quién debe realizar este

servicio? ¡Creyentes “espirituales”, hermanos o hermanas que tienen un buen discernimiento y se dejan guiar por el Espíritu!

Este pasaje habla más bien de un pecado accidental. Pero también puede darse el caso de que un creyente vaya continuamente por mal camino. Esto ya es más serio.

La reprensión es un servicio difícil. Cuando se reprende sin sabiduría ni amor, o cuando lo realiza un creyente que debería poner primeramente en orden su propia vida, no produce buenos resultados (compárese con Mateo 7:5). Con todo, la Palabra de Dios nos anima: “Como zarcillo de oro y joyel de oro fino es el que reprende al sabio que tiene oído dócil” (Proverbios 25:12).

4. Casos en los que es necesaria la distancia

Puede haber casos en los que la reprensión no sea suficiente. Una actitud de reserva y distancia hacia el que persiste en un camino equivocado puede generar que reflexione más seriamente sobre su conducta, y hacerle volver. Una enseñanza sobre este tema se encuentra en 2 Tesalonicenses. Allí había creyentes que “andaban desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno” (3:11). El apóstol les ordena “que trabajando sosegadamente, coman su propio pan” (v. 12). Además, ordena a los creyentes de esta iglesia

que “se aparten” de tales hermanos, que no se junten con ellos (v. 6 y 14). Con esta actitud de distanciamiento se espera producir arrepentimiento. “Para que se avergüence”, dice el apóstol. Pero el hermano en cuestión no fue excluido de la iglesia, como muestra el final de este pasaje: “No lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano” (v. 15).

5. Casos en los que la iglesia debe separarse

La gravedad del pecado puede ser tal que la iglesia deba excluir al causante de dicho mal. Ya no puede participar de la Cena del Señor, que expresa la comunión entre los creyentes y con el Señor. Todos deben evitar todo tipo de relación con él, incluso más que con la gente del mundo (1 Corintios 5:9-13). La iglesia es responsable de purificarse del mal (v. 7), identificándose con el pecado cometido con espíritu de humillación. Pero la disciplina de la iglesia también tiene como objetivo la restauración del culpable. Lo que se nos presenta en 1 Corintios 5 tiene una continuación alentadora en la segunda epístola (véase capítulos 2 y 7).

Nuestro testimonio ante el mundo

Nos hemos centrado en la actitud que la Palabra de Dios nos enseña respecto al mal que se puede

encontrar en los creyentes que nos rodean. Digamos algunas palabras más sobre los incrédulos que nos rodean.

Nuestra primera preocupación debe ser su salvación y no los detalles de su conducta. No se puede esperar que los que no están en relación con Dios caminen según los principios divinos. Nuestro testimonio ante ellos es doble: el de nuestras palabras y el de nuestra conducta. Por un lado: “Somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20). Por otra parte, “buena... manera de vivir entre los gentiles”, “nuestras buenas obras que ellos consideran”, constituyen un testimonio silencioso que puede dar fruto (compárese con 1 Pedro 2:12). Los que han sido hechos “luz en el Señor” y andan “como hijos de luz”, deben incluso “reprender” “las obras... de las tinieblas”. “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo” (Efesios 5:8-16).

J.A. Monard

Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones.

Hebreos 3:7-8

Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.

Apocalipsis 21:4

El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen.

2 Timoteo 2:24-25

Contigo desbarataré ejércitos,
Y con mi Dios asaltaré muros.

Salmo 18:29

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
